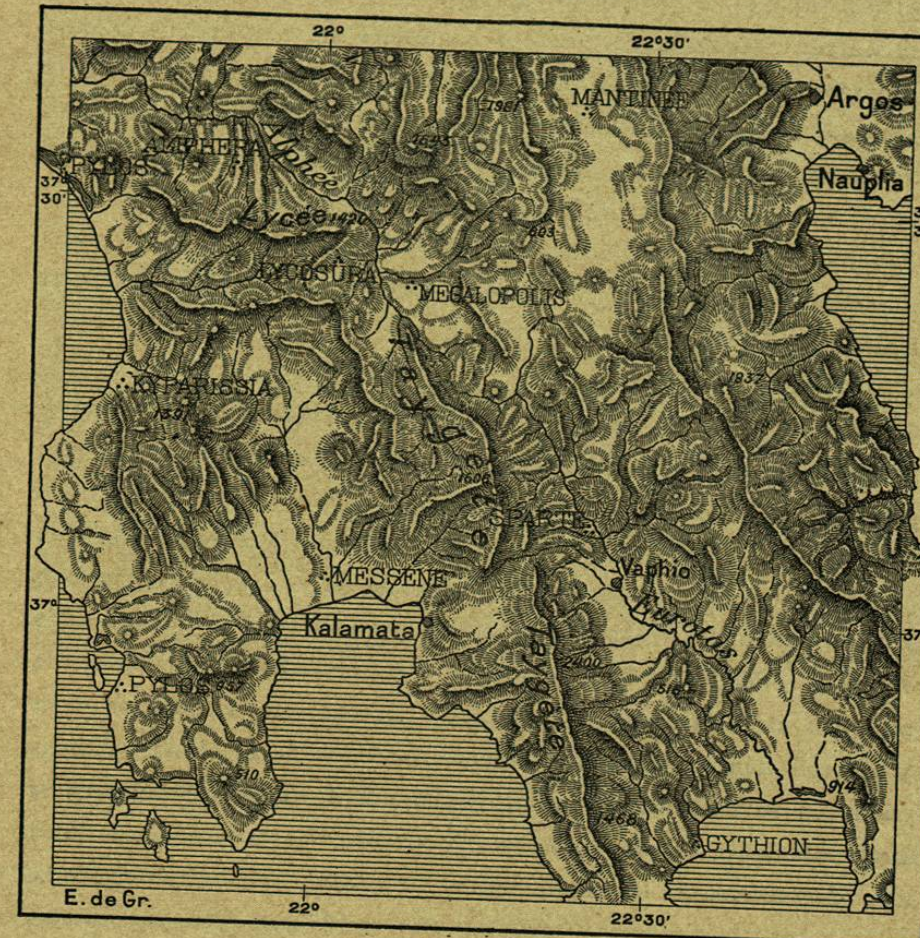
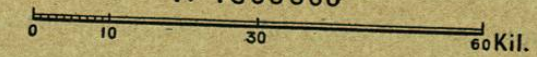


N.º 166. Laconia y Mesenia.



1: 1000000



VAPHIO, famosa por el descubrimiento de admirables vasitos de oro del período micénico (S. Reinach, *Apollo*).

LYKOSURA, «madre de todas las ciudades pelásgicas y centro del reino primitivo», situada en la cima de un monte (V. Bérard, *Les Phéniciens et l'Odysée*).

PYLOS de Mesenia, en la proximidad del islote de Sphacteria y de la rada de Navarin, no es, según V. Bérard, la ciudad de Nestor que atravesó Telémaco dirigiéndose a Esparta (*Odisea*). El hijo de Ulises desembarcaba en una Pylos próxima a la desembocadura del Alfeo, al pie del monte Kaiapha (744 metros), y deteniéndose una noche en Aliphera (la Phera del poema), tomaría el único camino de carro que conducía a través del Peloponeso, por los valles del Alfeo y del Eurotas.

MEGALÓPOLIS, fundada por Epaminondas, en — 370; la situación estaba mal escogida, la ciudad tuvo una existencia efímera y una importancia casi nula.

MESSENA. Anteriormente a la ciudad indicada en el mapa, existió otra del mismo nombre, situada más al Norte, al pie del Monte Ithomé.

de una potencia militar, conservada con tan pocos cambios y una evolución interior tan lenta en aquella Grecia tan móvil y tan pronta á renovarse. Hombres de bronce, á quienes no turbaba el trabajo del pensamiento, los Espartanos podían quedar siendo casi los mismos en apariencia de generación en generación, en medio de un mundo rápidamente transformado. Eso es lo que expresaba la leyenda de Licurgo, retirándose á Delfos y dejándose morir de hambre, después de haber hecho jurar la observación de sus leyes: de ese modo ponía á su pueblo bajo la protección solemne de los dioses que vengan la violación del juramento.

Desde el punto de vista de la naturaleza ambiente, las ventajas de Atenas sobre su rival del Peloponeso no son tales que atraigan el pensamiento, y aun, respecto de cierto orden de ideas, Esparta se hallaba realmente privilegiada. En primer lugar, el pequeño valle del Eurotas, con sus dependencias y sus anexos, es un territorio más rico que el país de Atenas, pobremente regado, falto frecuentemente de lluvia y rodeado de ásperas rocas. Exceptuando su feliz situación estratégica, al pie de una roca de fácil defensa que domina un valle muy abierto, llano y fértil, suavemente inclinado hacia el mar, Atenas no tiene en su ambiente inmediato nada que le dé una preeminencia natural sobre las demás ciudades de Grecia; hasta ese maravilloso cuadro que presentan los bosquedillos de olivos, las orillas sinuosas, las islas y los promontorios, las montañas de blancas aristas dibujadas sobre el cielo azul, ese conjunto armonioso se encuentra bajo mil formas, no menos puro y bello, sobre todo el contorno de la Hélade y otras tierras mediterráneas: á esos múltiples paisajes les falta solamente el recuerdo augusto del pasado, siempre presente en el respeto y la memoria de los hombres.

Las grandes ventajas materiales de Atenas son de aquellas que supo crearse por su industria, como sus canteras, que le dieron bellos materiales para la construcción de sus casas, de sus fortalezas y de sus templos, mientras que las ricas minas de plata del Laurium le suministraron en abundancia recursos para la conservación de su comercio. Los recortes del litoral le facilitaron singularmente las relaciones con los países extranjeros: la comunidad política defendida por



ATENAS — LA ACRÓPOLIS Y LA CIUDAD

Cl. Bonfils.

la fortaleza natural de la Acrópolis, se hallaba á corta distancia — apenas dos horas de marcha — de tres puertos: Falero, Munichia con sus dos lagos, y el Pireo, absolutamente protegido contra los vientos de fuera, unido á una admirable rada, bajo el viento de la isla de Salamina. Además, la península del Atica es, de toda la Grecia continental, la comarca más inmediata al Asia Menor que, bajo la misma latitud, proyecta ante Europa dos penínsulas y dos cadenas insulares: en esos sitios apenas se cuenta durante un buen tiempo más que una jornada de navegación entre Europa y Asia, y los barcos pueden en su marcha hacer escala en numerosas islas. De ese modo, desde los primeros tiempos de su evolución histórica, el Atica, cuyo mismo nombre — Aktiké ó la «Punta», la «Península» — recuerda la situación relativamente al mar, había llegado á ser una potencia marítima. Su actividad irradiaba á lo lejos, mientras que Esparta, reino continental en medio de su península, procuraba encerrarse estrechamente en su antigua cuenca lacustre casi cerrada. Atenas contemplaba el mar

desde lo alto de su Acrópolis, y de sus tres puertos marchaban libremente los barcos hacia las islas del archipiélago, las penínsulas de la Grecia asiática y las radas de la Gran Grecia, mientras que su rival Laconia, separándose de la perspectiva natural que le mostraba al Sud la mar desierta, al oeste de Citerea y de Creta, miraba sobre todo al Norte para aumentar su dominio de conquistas al otro lado de los muros sucesivos de la gran ciudadela del Peloponeso.

El contraste geográfico entre las dos ciudades era, pues, considerable; pero el contraste histórico, procedente de todos los medios sucesivos sobrevenidos durante las edades, era todavía mucho mayor. Los Espartanos, rodeados de enemigos declarados ó de esclavos que ocultaban bajo las exterioridades de la adulación rastrera un odio inmortal, no vivían sino para la guerra, con la continua aprehensión de la rebeldía, con el apetito constante de las matanzas y de los botines. Los Atenienses, descendientes de los antiguos Pelasgos aborígenes, á los cuales se habían asociado muchos inmigrantes rechazados hasta ellos por las invasiones dóricas, fueron los que en la historia representan mejor ese tipo heroico de la ciudad cuya individualidad cambiante se distingue tan bien en la unidad superior de Grecia.

Recordando Atenas, se ve aparecer al mismo tiempo cien otras ciudades griegas de casitas blancas escalonándose sobre las pendientes de una colina rocosa bajo la pálida verdura de los olivares. La patria, todo el grupo de familias aliadas contenido en ese estrecho espacio, formaba un todo completo, un verdadero organismo. Desde lo alto de su Acrópolis, el ciudadano seguía con la mirada los límites del territorio colectivo, á un lado la prolongación de la costa indicada por el blanco y espumoso ribete de las olas, al otro el bosque azulado que cubre la vertiente de las colinas, á lo lejos la cima de las rocas destacándose sobre las gargantas y los torrentes. El «hijo del suelo» podía dar un nombre á todos los arroyuelos, á todos los grupos de árboles, á todas las viviendas que veía en toda la extensión. Conocía á las familias que se cobijaban bajo aquellas cabañas, sabía dónde habían realizado sus hazañas los héroes de su nación, dónde habían lanzado el rayo los dioses. Por su parte las gentes del campo consideraban la ciudad como su cosa por excelencia: conocían perfectamente de ella los senderos que gradualmente se habían transformado

N.º 167. Attica.



1: 1 000 000

0 10 30 60 Kil.

La ciudad de Chalcis del texto (página 302) está aquí designada por Khalcis. Se hallará también la ortografía Chalcidique, Chios, después Citerea, Micenas, etc., al lado de Orkhomenos, Khersonese, y de Kimolos, Kythnos, etc. La regla que se hubiera deseado seguir, consistía en representar por Kh la X griega, y por K, delante i y e, la K griega, á menos que la palabra francesa escrita con Ch, ó C, no haya tomado una fisonomía más usual.

Oropos era el puerto en que desembarcaban los trigos de Eubea destinados á Atenas, Dekeleia imponía la ruta del istmo de Attica (V. Bérard).

en calles; tal plaza, tal vía magistral llevaba aún el nombre de los árboles que allí existieron en otro tiempo; recordaban sus juegos alrededor de las fuentes, donde se miraban á la sazón las estatuas de las ninfas; allá arriba, sobre la roca protectora, se erigía el templo donde se veneraba la efigie del dios invocado en los peligros públicos, y detrás de aquellos muros se refugiaban los niños y las mujeres cuando el enemigo, demasiado numeroso, invadía la llanura. En parte alguna, si no es en los clanes de las tribus primitivas, se produjo el patriotismo con semejante intensidad, confundiendo la vida y el bienestar de cada uno con el bienestar de todos. El conjunto político del cuerpo social era tan sencillo, tan unificado y bien determinado como el del individuo mismo. En este sentido ha de considerarse con Aristóteles ζῷον πολιτικόν, «el animal urbano», el participante en la ciudad orgánica¹, y no solamente el «animal político» como se traduce ordinariamente, como el hombre por excelencia, ¿no es sobre todo este hombre en la historia el Ateniense?

La vida de una ciudad, con todos sus elementos diversamente entremezclados, es ciertamente una evolución harto compleja para que en su conjunto y desde su origen á su fin pueda representar un principio, una idea, en su pureza simbólica: Atenas tuvo también sus períodos críticos, durante los cuales pudo ser asimilada á la cruel Esparta; tuvo sus familias nobles que intentaron monopolizar en su provecho todas las fuerzas de la nación; tuvo sus guerras feroces que gravitan pesadamente sobre su memoria; no le faltaron crueles legisladores, representantes de déspotas, á quienes el peligro de ser derribados hacía despiadados. Así, en la lontananza de la historia semilegendaria, hace más de veinticinco siglos, aparece el arconte Dracón, cuyo nombre simboliza todavía en nuestros días las leyes feroces promulgadas por los poderes asustados: este jefe del partido de los «mejores» sólo dictaba para todos los crímenes y delitos, la muerte; eso es debido á que en un estado de equilibrio inestable, el menor accidente puede traer consecuencias decisivas².

Pero esa legislación «draconiana» no podía durar en el conflicto de los elementos en lucha, y la que le sucedió, mucho más humana,

¹ Ibn-Khaldoun, *Prolegomènes*; citada por Ernest Nys, *Société nouvelle*, Julio 1896, p. 123.
² L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, p. 185.

hubo de tener en cuenta las condiciones del medio y procurar el establecimiento de relaciones equitativas entre las clases: á ella se une el nombre de Solón, personaje que se cree haber vivido realmente, pero que ha de considerarse especialmente como el intérprete del pueblo ateniense y de la civilización helénica en su conjunto. La primera reforma de interés capital consistió en sustraer el pobre á la esclavitud de que estaba amenazado por el rico. El préstamo cesó de hipotecarse sobre la libertad del prestatario, y éste no corrió ya el riesgo de ser alejado de su familia, vendido quizá en los mercados extranjeros, condenado á vivir entre bárbaros y á no oír más el lenguaje materno. El ciudadano de Atenas,



Museo del Louvre.

Cl. Giraudon.

CABEZA ARCAICA (SIGLO VI A. J. C.)

por pobre que fuese, adquirió derechos inalienables; hasta el eupátrida, el descendiente de los dioses, hubo de respetar al proletario y tuvo necesidad de pedirle en votación pública la confirmación de sus poderes y prerrogativas. Verdad es que la misma existencia de clases desiguales en la república había de causar luchas intestinas; por esto era necesario hallar un derivativo á la vindicta popular, y se le buscó en la actividad comercial. La posteridad, que suele poner bajo un solo nombre propio largas evoluciones en las cuales parti-

cipa todo un pueblo, atribuye á Solón la apertura de esos caminos del mar que convergen hacia Atenas y la toma de posesión de Salamina, isla que domina al Pireo. Un rasgo de la leyenda opone muy ingeniosamente el legislador de Atenas al de Esparta. El primero no hizo, como Licurgo, jurar á los ciudadanos observar sus leyes para siempre; no les pidió más que una fidelidad de diez años. Ya el instinto popular preveía los cambios inevitables que aportaría el porvenir.

En el conjunto de su desarrollo, Atenas se mostró ante todo comerciante y pacífica. Guerreó poco con las ciudades sus vecinas y sólo tuvo que rechazar algunas incursiones de piratas, á causa de que las Cíclades le forman al Este un doble muro protector. Lejos de promulgar leyes contra el extranjero y declararle enemigo de nacimiento, como lo hacía Esparta, Atenas acogía al desterrado; de todas partes acudían fugitivos demandándole asilo, y entre esos huéspedes, los más queridos, aquellos cuya descendencia dió más hombres ilustres al Atica, fueron precisamente los Mesenios y otros Griegos del Peloponeso, cuyos hermanos habían sido reducidos á esclavitud por los Espartanos. Un euxeno, el «guía de los extranjeros», estaba especialmente encargado por la ciudad de acogerlos bien, de introducirlos en los templos y facilitarles el establecimiento en la tierra que protegía Palas. Era una ley de opinión en Atenas que «no debía negarse á nadie el uso del agua viva, ni el permiso de encender su fuego en el hogar del vecino». No enseñar el camino al extraviado era un crimen que los Atenienses castigaban con la execración pública¹. Es indudable que Atenas debió su admirable pléyade de grandes hombres por el pensamiento y por la acción á la buena acogida hecha á los desterrados extranjeros. En la enumeración de los Atenienses ilustres se halla la existencia de muchos descendientes de desterrados, entre ellos el mismo Solón el legislador, Pericles, Milcíades, Tucídides y Platón². Del mismo modo, en proporción mucho más numerosa, más de veinte siglos después, los emigrados protestantes de Francia y de Italia dieron un alma á la pequeña é insignificante ciudad de Ginebra, para convertirla en ciudadela contra Roma, y así también,

¹ F. Laurent, *Histoire de l'Humanité*.

² Dally, *De la Sélection ethnique*, «Revue d'Anthropologie».

después, los filósofos perseguidos hallaron un asilo en la minúscula república de las Provincias Unidas y contribuyeron á animarla con esa virilidad que le permitió neutralizar la potencia del «Gran Rey». ¿No se debe en gran parte el vuelo de Berlín á la actividad inteligente que en aquella ciudad desplegaron los inmigrados hugonotes?

Gracias á esas prácticas de buena acogida hacia los extranjeros, Atenas se halló fácilmente en relaciones seguras de amistad con muchas ciudades helénicas, diferentes por la raza, el dialecto y las tradiciones; esas alianzas se aumentaron naturalmente con los lazos que le unían á todas sus «hijas», las colonias esparcidas sobre las riberas del mar Egeo y las costas más lejanas:



Cl. Giraudon.
CAMAFEO GRIEGO, CABEZA DE PALAS ATENEA
Biblioteca Nacional.

eran otras tantas Atenas confederadas á la madre patria por el origen, la lengua, los oráculos y los dioses. Los Espartanos, por el contrario, no solían buscar aliados, sino súbditos ó mercenarios, y hasta cuando en sus invasiones iban acompañados por otros Dorios pertenecientes al mismo tronco originario, no los guiaban á las batallas como hermanos, sino como jefes.

Estudiadas en su conjunto, las dos ciudades contrastaban, pues, menos por las condiciones geográficas del medio, que por el ambiente artificial creado á una de las dos comunidades. Esparta era una ciudad de guerra y no podía llegar á ser otra cosa; Atenas se había